

El chico de los guantes azules

Miguel Ángel González

En casa de mis padres había una pistola de hierro. Era como la pistola que suelen usar los corsarios en las películas de piratas. Pesaba muchísimo porque su cañón era macizo. Era un cañón largo y oxidado. La empuñadura era de nogal; de un marrón tan oscuro que casi parecía negro. Tenía dos tornillos, uno a cada lado, para que la madera no se desprendiera de la culata. Se cargaba introduciendo una pequeña pelota de goma por el cañón, luego se amartillaba y por último se apretaba el gatillo.

A mí me resultaba imposible utilizarla solo porque era de hierro macizo y ni siquiera usando las dos manos era capaz de mover el martillo, así que cada vez que quería jugar con ella le tenía que pedir a mi padre que me ayudara. Algunas veces lo hacía y otras no; por lo que, consecuentemente, algunas veces la usaba y otras no.

Una noche mi hermano se intentó suicidar con ella.

La pistola parecía auténtica, era una réplica exacta y pesaba como debe pesar un arma de verdad, pero era de juguete. Se colocó el cañón entre los dientes, mordiéndolo con fuerza, y después apretó el gatillo. Mi hermano era tres años mayor que yo, así que no necesitaba que nadie le ayudara a amartillar la pistola. La bala de goma salió disparada con virulencia y recorrió su garganta a toda velocidad. No murió, pero estuvo a un paso de acabar asfixiado.

Mis padres le preguntaron el motivo por el que había intentado quitarse la vida usando una pistola de juguete. Él dijo que no lo sabía. Mis padres le preguntaron entonces si no sabía que la pistola era de juguete, o si, por el contrario, lo que no tenía claro era el motivo por el que había intentado suicidarse.

Mi hermano no respondió.

Mi hermano nunca fue demasiado listo.

Ahora sí.

Ahora es publicista, dirige anuncios de coches, de videojuegos y de refrescos con burbujas. Gana premios por su trabajo; también gana mucho dinero. Tiene un BMW rojo con llantas de diecinueve pulgadas y una firma italiana de alta costura le diseña trajes a medida. También tiene una mujer con unos ojos verdes enormes y unas tetas aún más grandes que sus ojos. Él también tiene una polla enorme; de treinta y cinco o cuarenta centímetros.

Ahora todo el mundo quiere parecerse mi hermano.

Antes no, antes era tonto; tonto del todo.

Tanto como para intentar suicidarse usando una pistola de juguete. Aunque bien pensado, si hubiera sido un poco más listo, no demasiado, lo suficiente como para dilucidar que para matarse iba a necesitar algo un poco más efectivo que dispararse a la tráquea una canica de goma, tal vez habría conseguido su objetivo y nunca hubiera logrado todo lo que vino después. Ni los anuncios, ni los trajes a medida, ni su BMW rojo con llantas de diecinueve pulgadas.

La polla sí, su polla ya era enorme cuando era un crío.

∴

Llaman a la puerta.

Es mi entrenador.

Soy boxeador.

Soy bueno.

Soy normal.

Se acerca hasta el lugar en el que me encuentro y se coloca frente a mí. Estoy sentado. Él se sitúa en cuclillas para que nuestras cabezas estén una frente a la otra. Me pregunta si estoy nervioso. Niego con la cabeza, pero no pronuncio palabra.

Estoy nervioso.

Estoy muerto de miedo y pienso que si hablo él puede percibir ese nerviosismo en la tonalidad de mi voz.

Saca un teléfono móvil del bolsillo de su camisa y me lo ofrece. Ha llamado tu madre, me dice. Te ha deseado suerte. Me pregunta si quiero llamarla. Vuelvo a negar con la cabeza. Entonces guarda nuevamente el teléfono móvil en el bolsillo de su camisa.

Después me venda las manos. Lo hace despacio, como si se tratara de una coreografía. Dime si te aprietan demasiado, me dice. Cierro el puño de mi mano derecha y me golpeo con él la palma de mi mano izquierda, después hago el mismo movimiento pero a la inversa, golpeando con el puño izquierdo la palma de la mano derecha. No tengo muy claro el motivo por el que lo hago, supongo que porque es lo que he visto hacer siempre a los boxeadores en las películas. Las vendas me aprietan, pero siento la necesidad de volver a quedarme solo, así que le digo que están bien. Es la primera vez que hablo. Mis cuerdas vocales vibran y la frase muere temblorosa tras salir de mis labios. Intenta relajarte, dice mi entrenador mientras vuelve a ponerse de pie. Estoy tranquilo, le digo. Claro, me responde; y antes de darse la vuelta para dirigirse a la puerta por la que ha entrado hace un momento, me da dos palmadas en la rodilla derecha. Todo irá bien, hay mucho dinero en juego, dice desde el umbral.

Luego sale y cierra.

Vuelvo a estar solo.

Hay un reloj en una de las columnas del vestuario. Es redondo, con la estructura de hierro forjado y la esfera blanca. Parece el reloj de una antigua estación de tren. Levanto la vista y lo miro fijamente. Faltan siete minutos para que comience el combate, pienso; siete minutos para que comience el combate y dieciséis para que todo haya terminado.

..

La primera vez que peleé lo hice en el callejón trasero de un bar. Un tipo le dijo algo a una chica y yo le rompí un vaso en la cabeza. El vaso se hizo añicos y los trozos de cristal se tiñeron de un rojo oscuro. Del rojo oscuro de la sangre que manaba de su cabeza. Yo no conocía a la chica, pero aquel tipo le dijo algo grosero. Ya ni siquiera recuerdo sus palabras exactas. El camarero no se quería meter en líos, así que nos pidió que nos largáramos de su local. Sus amigos se colocaron a mi alrededor, eran tres, cuatro quizás. Él también estaba allí, detrás de ellos, con una toalla en la cabeza taponando su herida, pidiéndoles que me patearan el estómago hasta que me sacaran el corazón por la garganta.

Noquearles fue más sencillo de lo que nunca hubiera imaginado. Les golpee todo lo fuerte que pude hasta que uno a uno se fueron desplomando en el suelo. Cada vez que uno de ellos intentaba ponerse de pie volvía a tumbarle de un derechazo. Mis manos se cubrieron de sangre, de la sangre de mis nudillos desgarrados y de la sangre que brotaba de sus pómulos hendidos. Algunos de los clientes del bar salieron a ver la pelea. No duró demasiado; diez minutos, quizás quince.

Terminó cuando llegó la policía.

En urgencias me limpiaron las heridas.

Si te gusta dar puñetazos deberías hacerte boxeador, me dijo la enfermera que me atendió, así no te destrozará las manos y no tendrás que pasar más noches en el calabozo.

Eso fue justo lo que hice.

∴

Mis primeros guantes me los regaló mi padre. Eran azules. Todos los boxeadores usan guantes rojos, me dijo, así podrás diferenciarte de ellos. Cuando seas campeón del mundo la gente te llamará “*El chico de los guantes azules*”.

Nunca me vio pelear.

Murió tres meses después de aquel día. Un cáncer le devoró por dentro a la misma velocidad a la que se marchita una flor cuando nadie la riega.

..

Siempre fuiste su preferido, me dijo mi hermano el día del entierro. Me lo dijo sin mirarme, sin dirigirse a mí siquiera. Con los ojos ocultos tras el negro cristal de sus gafas de sol de seiscientos cincuenta euros.

Fue un entierro breve.

Hacía frío.

No lloró nadie. Tal vez si que lloró alguien, pero yo no vi a nadie haciéndolo. Le incineramos y guardamos su urna en el fondo de un nicho. Luego cubrieron sus restos con una baldosa de mármol. Sobre ella había una placa dorada con su nombre escrito. También, en la misma placa, podía leerse la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

Tenía cincuenta y siete años, tres meses y catorce días.

..

Mi madre no ha logrado superar su pérdida. Mira la televisión como si aún estuviera vivo; cambia de canal constantemente buscando los programas y las películas que a él le gustaban. Prepara sus platos preferidos para la comida y para la cena e incluso algunas veces, quizá de forma premeditada o quizá de forma inconsciente, coloca sobre la mesa dos vasos, dos platos, dos tenedores, dos cuchillos y dos servilletas, como si creyera que mi padre fuera a aparecer por la puerta en cualquier momento.

..

Miro mis pies colgando en el aire y me parecen los de un niño pequeño sentado en el banco de un parque. Estoy sobre una camilla. Con el batín puesto y las manos vendadas. Regresa mi entrenador. Vuelve a sujetar el teléfono móvil con una de sus manos. Es otra vez tu madre, me dice, quiere hablar contigo. Hola, le digo. Puedes hacerlo, me dije. Estoy nervioso, le confieso. ¿Has hablado con tu hermano? Me pregunta. No he vuelto a hablar con él desde el entierro, le digo. Se lo he dicho muchas veces; decenas de veces, pero aún así me lo pregunta en todas nuestras conversaciones. Él estaría orgulloso de ti, dice. Lo sé, le digo; aunque no tengo muy claro si se refiere a mi padre o a mi hermano. Nos despedimos. Cuelga. Le devuelvo el teléfono a mi entrenador. Sabes lo que tienes que hacer, todo irá bien, me vuelve a decir. Hay mucho dinero en juego, concluye. Antes de salir se gira y me mira. Dos minutos, dice. Miro el reloj de la columna; está en lo cierto, sólo faltan 120 segundos para que todo comience.

∴

A mi padre le gustaban las películas de vaqueros porque en ellas siempre ganaban los buenos. Yo nunca entendí que los buenos fueran armados con revólveres y mataran a sus enemigos disparándoles por la espalda sin necesidad siquiera de bajarse del caballo. Tampoco entendía demasiado que los malos vivieran en tiendas de campaña y sólo dispusieran de rudimentarios arcos y unos primitivos machetes para defenderse. Los buenos son aquellos que siempre hacen lo correcto, decía mi padre; y aquellas palabras eran suficientes para justificarlo todo.

Su preferida era una en la que a su protagonista, interpretado por Glenn Ford, le gustaba matar a las moscas de los moteles en los que se hospedaba disparándolas con su pistola cuando se encontraban posadas en una pared. La bala, además de acabar con el insecto, solía dejar un agujero de considerables dimensiones en el tabique.

Nunca le pregunté a mi padre si, para él, actuar de aquella manera también era una forma como otra cualquiera de hacer lo correcto.

∴

Unos nudillos golpean la puerta. Es la hora, dice mi entrenador. Lo dice desde el otro lado, sin entrar al vestuario. Anuncian mi nombre por megafonía. Me anudo el batín a la cintura y camino hacia el cuadrilátero. Tres asaltos, me susurra al oído. Sólo tienes que aguantar de pie tres asaltos, repite. Lo sé, le digo. Lo hago mirando al frente. Él camina a mi lado. No puedo verle porque la tela de la capucha me tapa la visión lateral. No te tires a la lona hasta que sientas el impacto de su puño en el rostro o en las costillas, dice. Todo irá bien, hay mucho dinero en juego, repite.

Es la tercera vez que pronuncia la misma frase.

∴

Después de mi primer combate tenía los pómulos tan inflamados que no conseguía ver nada. El promotor contó los billetes uno tras otro mientras los ponía sobre la mesa de madera de su escritorio y cuando no le quedaron más billetes en las manos me miró y me preguntó si la cantidad era la correcta. Yo no veía nada. Había escuchado su voz contando los billetes como si fuera un maldito niño de la lotería, pero no había podido distinguir ninguno de ellos; aún así moví la cabeza afirmativamente y, casi a tientas, recogí el fajo y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero. Regresé a casa en el último tren del día. Me senté junto a la ventana y apoyé la frente contra el cristal. Era diciembre y las calles estaban iluminadas con motivos navideños. No podía distinguir los adornos, pero su luz se colaba por la pequeña franja, del grosor de un hilo de nailon, que había entre mis párpados.

∴

Camino hacia el centro del cuadrilátero hasta que llego al lugar donde se encuentra mi adversario. Le miro a los ojos. Él mira los míos.

No parece un boxeador.

La distancia entre nuestros cuerpos es mínima. Tiene la nariz pequeña.

No parece un boxeador.

Las gotas de sudor pueblan su frente.

No parece un boxeador.

El árbitro nos indica las reglas básicas por las que se rige la contienda y él no para de asentir con la cabeza mientras le escucha.

No parece un boxeador.

Chocamos nuestros nudillos a modo de saludo antes de volver a nuestro rincón. Sus dedos son estrechos y alargados, como los de un pianista.

No parece un boxeador.

Le doy la espalda y regreso a la esquina. Lo hago inhalando oxígeno por la nariz y expulsándolo por la boca. Mi entrenador está de pie, tras las cuerdas. Hay un pequeño taburete de tres patas. Me siento. ¿Lo tienes todo claro? Me pregunta.

No parece un boxeador, digo yo.

∴

Las primeras veces iba al cementerio a visitar a mi padre después de cada combate. En algunas ocasiones le contaba cómo había ido la pelea, si había conseguido noquear a mi adversario o si, por el contrario, la contienda se había resuelto a los puntos. Otras, en cambio, me situaba delante de su nicho y guardaba silencio durante un largo rato, veinte minutos, treinta incluso. No decía nada. Me quedaba allí, de pie, frente a él, sin hablar; como cuando veíamos películas del oeste uno sentado junto al otro, mirando la pantalla del televisor sin necesidad de pronunciar palabra.

De joven quise ser boxeador, me dijo un día mi padre. Era verano, hacía calor. Estábamos en la terraza. Él fumaba, daba largas caladas con sus codos apoyados en la barandilla. Gané cuatro o cinco combates seguidos como amateur y encontré un buen entrenador que me buscó peleas profesionales, continuó diciendo.

Después, tras dar otra larga calada, lanzó el cigarrillo al vacío. Recuerdo que miré la colilla precipitándose contra el suelo y me pareció una luciérnaga, o una linterna diminuta.

En un combate me rompieron el pómulo y perdí el conocimiento. Pasé un par de minutos inconsciente tumbado boca arriba, con los brazos en cruz, encima de la lona. Después de aquello me asusté y decidí dejarlo, me dijo. ¿Y nunca pensaste en regresar? Le pregunté. Sí, dijo, un par de años después intenté volver a competir; aún era joven y creí que quizá podría tener una segunda oportunidad. ¿Y qué pasó? Volví a preguntarle. Me noquearon a los treinta segundos, me dijo en voz baja, casi en un susurro. Algunas veces las segundas oportunidades no sirven de nada. Por eso hay que intentar aprovechar las primeras, concluyó.

∴

Mi entrenador ingresa en el ring, lo hace introduciendo su cuerpo en el espacio vacío que hay entre la tercera y la cuarta cuerda. Se coloca frente a mí, de nuevo en cuclillas, y, cogiéndome por los antebrazos, sitúa mis manos, con las palmas hacia arriba, sobre sus regazo. Cierro los ojos mientras me anuda los guantes. Suena la campana. Levanto los párpados y la primera imagen que veo es la de mis puños. Dos puños tan azules como el cielo o el mar. Me pongo de pie y me dirijo hacia el centro de la lona. Pienso en mi padre mientras camino. En lo fácil que siempre fue para él diferenciar a los buenos de los malos, lo correcto de lo errado. La sencillez con la que podía distinguir el camino adecuado del callejón sin salida.

Mi adversario avanza decidido hacia mí. Lo hace con los brazos en alto. En guardia. Le miro fijamente a los ojos mientras nuestros cuerpos se acercan. Lo siento, digo un instante antes de golpearle. Y no tengo muy claro si las palabras que acaban de salir de mis labios van dirigidas a él, a mi entrenador, a mi madre, a mi hermano y a todos aquellos que han apostado su dinero a que caeré noqueado en el tercer asalto, o a mi padre.